Miércoles, 01 de agosto 2012

La degeneración de la política

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/08/the-degeneration-of-politics.html

Hay una cierta diversión irónica al mirar hacia atrás en los posts de los últimos meses en el informe del Archidruida. Cada semana, me he sentado al teclado con la intención de seguir adelante con el esquema de la caída inminente del imperio estadounidense que es el tema principal de esta serie de escritos; cada semana, he terminado hablando sobre el tema que nos ocupa en estos momentos, la caída inminente del imperio norteamericano. Es un asunto relevante, y merece la pena discutirlo, pero probablemente podría seguir escribiendo posts semanales sobre tales cosas hasta mucho después de que el imperio global de Estados Unidos sea un recuerdo lejano, sin volver al asunto central de cómo hemos llegado hasta aquí y hacia dónde nos dirigimos.

Esas cruciales cuestiones deben ser tenidas en cuenta, y por razones que están muy lejos de los meros conceptos académicos. Ahora mismo, por ejemplo, los Estados Unidos están penosamente enfrascados en otra campaña presidencial vacua, e incluso los medios de comunicación tienen que luchar para encontrar alguna diferencia notable entre los dos animatrónicos muñecos sonrientes, gesticulando con su disfraz de candidato presidencial, que pasarán el próximo otoño dando tumbos a través de sus pequeñas rutinas del "elígeme" con la loca insistencia de un reloj de cuco estropeado. Dado que ningún candidato tiene un historial que merezca la pena examinar, y ninguno de los dos parece ser capaz de pensar en propuestas de calado para hacer frente a la creciente espiral de crisis que acosa a EE. UU. en estos días, ambas campañas han vuelto a caer en la triste insistencia de que siempre el otro candidato sería un presidente mucho peor que el del propio partido... Me pregunto, desafiando todas las reglas de la lógica, si no tendrán razón ambos.

No es sorprendente, dado el banal espectáculo en el que nuestra política ha degenerado, que tantos estadounidenses hayan renunciado por completo al proceso político, o que una fracción cada vez mayor de estadounidenses haya virado hacia políticas el extremistas. La pregunta que hay que hacerse es por qué lo que una vez fuera una de las democracias más vigorosas del mundo no consigue ofrecer nada mejor. No es una pregunta nueva, pero como ocurre con muchas de las cuestiones en la vida norteamericana contemporánea, por lo general, la pregunta se plantea y se responde por personas que parecen alardear de anafalbetismo histórico.

Y, de hecho, la historia sí tiene mucho que decir sobre el asunto. Cuando los Estados Unidos obtuvo su independencia de Gran Bretaña, la constitución que se firmó en Filadelfia en 1787 estableció una forma de gobierno que ni era, ni pretendía ser, democrática. Era una república aristocrática, de un tipo bien conocido en la historia política europea: el gobierno era elegido por votación, pero el derecho al voto estaba restringido a los ciudadanos varones blancos que poseían una cantidad significativa de propiedades —la cantidad era variable de un estado a otro, como casi todo lo demás en la Constitución, pero baste decir que sólo un 10-15% de la población tenía derecho a participar en las elecciones.

Lo que rompió el cepo que ejercía la vieja aristocracia colonial sobre el sistema político de Estados Unidos y lanzó a la nación en la trayectoria hacia el sufragio universal de los adultos fue el surgimiento del concepto de partido político moderno. Es interesante señalar que el mismo proceso se llevó a cabo en el Reino Unido y en algún otro país en la misma época. En Estados Unidos, la figura principal fue Andrew Jackson, quien se hizo con el control de un gran fragmento del partido Demócrata Republicano que se había desintegrado en 1828, y lo transformó en el primer movimiento de masas con éxito político de la historia estadounidense, gracias a lo cual alcanzó la Casa Blanca. La parte principal de la estrategia de Jackson fue dar apoyo a las legislaciones estatales para extender el derecho al voto a todos los varones blancos. Para lograr un apoyo efectivo, el denominado Partido Demócrata tuvo que organizarse hasta el nivel de barrio; para conseguir que las organizaciones de vecinos atrajeran a miembros potenciales y el partido tuvo que darles un papel activo en la elección de candidatos y en la emisión de propuestas de actuación política.

Ese fue el origen del sistema de *caucus*[1], el bloque básico de construcción de los partidos políticos en EE.UU. a partir de entonces. Los rivales de Jackson imitaron rápidamente el sistema, y una fuerza rival —el Partido Anti-Masónico, que era una fuerza importante en la política nacional en la década de 1820 y 1830— desarrolló el modelo de Jackson con la invención de las convenciones estatales y nacionales, que todo el mundo copió rápidamente . En la década de 1840, el partido político de Estados Unidos se había establecido como una parte esencial del modo en que los estadounidenses elegían a sus candidatos y hacían sus leyes.

Así es como funcionaba la cosa. Existían *caucus* (reuniones o asambleas) del Partido en todos los barrios de las grandes ciudades, en las pequeñas ciudades y en las zonas rurales. Sus actividades no se limitaban a una reunión cada cuatro años; se reunían con regularidad, a veces con frecuencia semanal, para hablar de política y mantener a los miembros del partido informados de lo que estaba pasando en los asuntos locales, estatales, y nacionales. Los jóvenes ambiciosos (y a partir de 1920, también las mujeres jóvenes y ambiciosas) asistían a los *caucus* de su distrito electoral, para presionar, hacer relaciones, y aprender los entresijos de la política. Al acercarse las elecciones, las asambleas trabajan a toda máquina en la designación de los candidatos, en la elaboración de propuestas políticas, y en algo esencial, la elección de los delegados a las convenciones de las ciudades y condados, que apoyarían a los candidatos y las propuestas en ese nivel de decisión.

Las convenciones de la ciudad y del condado a su vez hacían lo mismo, la clasificación de los candidatos y propuestas recibidas desde abajo, la elección de los candidatos del partido para las votaciones a funcionarios locales, y la elección de los delegados a la convención estatal. El mismo proceso se repitió en el ámbito estatal, la clasificación de las propuestas de los de abajo, la designación de candidatos a cargos estatales y los asientos del Congreso, y la elección de los delegados a la convención nacional, donde era elegido el candidato presidencial.

Una vez tuve la desgracia de quedar atrapado en el aeropuerto de Atlanta, una larga espera en un vuelo demorado para volver a la costa oeste, mientras que en el vestíbulo del aeropuerto grandes pantallas de televisión mostraban la Convención Nacional Republicana en plena efervescencia. Una serie de oradores perfectamente olvidables bramaba sobre las supuestas virtudes de insubstanciales candidatos del Partido Republicano de ese año. Sospecho que la clave de todo el griterío era evitar que se durmieran los delegados. El candidato ya había sido seleccionado, lo mismo que la plataforma del partido y todo el proceso era tan anodino que ni el más convencido de los fieles recordaría más tarde ese día como "histórico".

No hace tanto, en la década de 1950, ese tipo de ambiente era impensable en una convención política, porque lo que ocurría en las convenciones sí que marcaba una diferencia real. Con el procedimiento actual, en el que las asambleas locales se reúnen sólo una vez para producir resultados más o menos iguales (lo mismo pasa en las convenciones locales y estatales) y para organizar el absurdo proceso actual de la nominación, en el que un candidato puede hacerse con la nominación si consigue la victoria en tres o cuatro primarias estatales tempranas. En los años de 1950, lo habitual era que los delegados que acudían a la convención nacional pudieran escoger entre media docena de candidatos notables. El candidato con mejor oratoria, con mejor trayectoria acreditada de gestión pública, el que fuera capaz de participar en cualquier tipo de manejo político de rebotica de última hora, demostraba su capacitación laboral para la presidencia y normalmente conseguía la nominación.

Esa era la forma en que funcionaba el sistema. ¿Era vulnerable a la corrupción? Sin duda. La mayoría de las grandes ciudades de Estados Unidos pasaron muchas décadas bajo el gobierno de las maquinarias políticas de un solo partido que canalizaban dinero público hacia los bolsillos privados; la compraventa de votos era moneda común. Los jefes de las grandes máquinas de Chicago (Richard Daley fue uno de los mejores ejemplos) podían decidir el resultado en la convención nacional si la elección era apretada. Las maquinarias de los partidos solían estar llenas de políticos oportunistas cuyo evidente interés era conseguir mayores cotas de riqueza y poder personal, sin preocuparse demasiado por el interés público.

[1] N. del T. Aunque suene a latín, la palabra caucus (como lo sugiere James Hammond Trumbull) procede del idioma algonquino, una nación india norteamericana, en la que el término *cau´-cau-as´u* significa "reunión de jefes de tribus" o "consejo". Parece ser que fue el Partido Demócrata el que primero adoptó este término, ya que en su día era muy proclive a incorporar al inglés palabras indoamericanas.

Estos fueron algunos de los motivos por los que el sistema de *caucus* y convenciones quedó descafeinado y estrangulado en los años 1960 - 1970, y las elecciones primarias se convirtieron en la forma habitual de elegir candidatos.

Compare el sistema anterior con el modo en que se manejan las nominaciones presidenciales de hoy en día. No es precisamente fácil afirmar que el sistema actual sea más representativo o menos corrupto que las asambleas y convenciones del pasado. Para ganar la nominación presidencial en 1.852 o 1.952 eran necesarias sólidas habilidades organizativas, contar con el respaldo de una fracción significativa de las personas influyentes locales del partido, excelentes relaciones públicas, y una buena cantidad de crueldad amable, mientras que hoy en día, para tener éxito en el mundo de la negociación política y ganar la nominación presidencial se requiere una única cosa: dinero. Los intereses empresariales, sin duda, importaban y se ponían sobre la mesa en los días de asambleas y convenciones, pero no eran lo único, y a menudo sucedía que el candidato favorito de los muy ricos era derrotado por algún advenedizo con nociones populistas que fuese un poco más hábil en el juego de la política que el resto de los contendientes.

Vale la pena echar un vistazo a la clase de personas que llegaron al poder mediante el viejo sistema, y compararlos con el tipo de personas que logran el poder con el nuevo. Un hijo de agricultor, dueño de una mercería en Kansas City, sin carrera universitaria, como Harry Truman hoy jamás lograría ser elegido ni para el consejo de la ciudad. Pero era uno de esos jóvenes ambiciosos que antes he mencionado y sus habilidades excepcionales como activista, organizador, y marrullero de la política lo llevó en volandas a la Casa Blanca; el monumental varapalo que le dio a Thomas Dewey[2] en las elecciones de 1948 fue típico del personaje. De manera más general, es justo decir que muy pocos de los líderes políticos significativos de la historia de América entre Jackson y Kennedy habrían logrado la elección con el sistema actual, donde todo depende del dinero. Si vamos a tener un sistema político corrupto —y así es, ningún sistema político en cualquier lugar puede ser más honesto que el pueblo al que gobierna— debería poder producir líderes más competentes que las marionetas que pululan por la escena política estadounidense actual.

Bastantes de las reformas que reconfiguraron la política estadounidense en el siglo XX han ido en el mismo sentido que la demolición del sistema de *caucus* y convenciones. Dos de las principales reformas de la Era Progresista, la elección de senadores de Estados Unidos y las elecciones de los gobiernos municipales no partidistas son buenos ejemplos de ello. Hasta 1913, los senadores estadounidenses eran designados por las legislaturas estatales, salían directamente de los gobiernos estatales, y por lo tanto se oponían tenazmente a los intentos de la Cámara de Representantes para expandir el poder federal a costa del poder de los estados. Sin embargo, cuando los senadores pasaron a ser elegidos por voto popular, los acuerdos políticos entre bastidores que anteriormente designaban qué políticos estatales iban a integrar el Senado dieron paso a la compra directa de senadores por los intereses corporativos, los que podían proporcionar con facilidad el dinero necesario para que los candidatos ganasen las elecciones. De la misma manera, las campañas para "limpiar" las ciudades mediante la supresión de las maquinarias políticas acabaron con la maquinaria, pero esto simplemente significó que los intereses empresariales ya no tenían que negociar con los políticos de la máquina de favores; podían comprar simplemente las elecciones y conseguir lo que querían.

Los cambios aludidos son demasiado comunes cuando una nación se mete en el negocio de ser imperio. El ascenso de cada uno de los grandes imperios europeos, por ejemplo, fue precedido por las luchas amargas entre los gobiernos nacionales y los dominios feudales que habían existido como estados cuasi-independiente durante siglos. Una nación sólo puede concentrar el poder y la riqueza necesarios para aventuras imperiales cuando se aplastan las tradiciones de autonomía local y se elimina la

[2] N. del T. En las elecciones presidenciales de 1948 se enfrentaban por la presidencia Harry Truman (demócrata) y Thomas Dewey (republicano). Arthur Sears Henning (un famoso periodista y comentarista político que había acertado los resultados de las cuatro elecciones anteriores, expresó en su periódico, el Chicago Tribune —de tendencia claramente republicana— que Dewey ganaría claramente las elecciones. Antes de conocerse el resultado electoral, el Chicago Tribune publicó en su primera página un titular a cinco columnas que decía "Dewey Defeats Truman" (Dewey derrota a Truman). A la mañana siguiente, un Truman exultante compareció en público, en la estación del tren que le llevaría a Washington, mostrando la portada con el falso titular. Véase la foto **aquí**.

descentralización. La descentralización extrema de los Estados Unidos en virtud de su constitución original hacía inevitables los conflictos de este tipo, y ya se han esbozado algunas líneas de batalla en que se libraron esas luchas.

La forma específica en que se resolvieron los conflictos entre los poderes locales y el federal en los Estados Unidos, sin embargo, tiene consecuencias que probablemente jugarán un papel importante en el derrotero de su decadencia imperial.

La primera es que la destrucción del sistema original de *caucus* y convenciones coincidió con el colapso de todo un mundo de organizaciones voluntarias administradas democráticamente, de donde surgían los ciudadanos con la capacitación necesaria para tener un papel efectivo en la política local. En 1920, por ejemplo, la mitad de todos los adultos estadounidenses, contando ambos sexos y todos los grupos étnicos, pertenecía a al menos una orden fraternal (que iban desde organizaciones de varios millones de miembros, como los masones y los Odd Fellows hasta pequeñas órdenes locales con una sola sede y unas pocas docenas de miembros). Casi todas ellas estaban dirigidas por los mismos mecanismos democráticos utilizados en las asambleas para elegir a los delegados y votar sobre las propuestas políticas. Casi todas las instituciones de la sociedad civil de EE.UU., desde clubes de armas y sociedades históricas a las bibliotecas de préstamo o las cooperativas de agricultores manejaron sus asuntos exactamente de la misma manera.

Esos días han quedado atrás. La gran mayoría de esas instituciones se extinguieron hace décadas, mientras Estados Unidos se transformaba, pasando de ser una sociedad civil activa a una sociedad de masas pasiva. Incluso en las pocas organizaciones que se mantienen, es raro encontrar a alguien que todavía recuerde cómo se presiden, cómo hacer que todos los puntos de vista sean escuchados, cómo lograr la ejecución de las decisiones necesarias, y que todo el mundo vuelva a su casa a una hora razonable. El fetiche de la política de consenso entre los activistas de la izquierda ayudó a rematar la faena de sustitución de los viejos y eficaces métodos de organización por un sistema que simplemente no funciona. No creo que mis lectores se hayan olvidado de los torrentes de auto-elogios que salieron de Occupy Wall Street y de sus equivalentes del año pasado, de cómo precisamente fueron los activistas quienes secuestraron las manifestaciones masivas en Nueva York y en otros lugares, forzando la aplicación de métodos de consenso y utilizado esos métodos para obtener el control de las reuniones y el dinero, y perdieron el norte. El resultado, como siempre, fue que una mayoría de la gente que se había unido al principio de las protestas, simplemente se alejó cuando les quedó claro que sus voces habían sido secuestradas y no se iban a abordar sus preocupaciones. Por otra parte, los activistas se fueron dedicando a otras cosas cuando les quedó claro que ya no tenían audiencia.

Esa es la primera consecuencia. La segunda es que, al destrozar el sistema de *caucus*, el sistema político estadounidense perdió una fuente crucial de orientación y retroalimentación. Mientras las asambleas vecinales debatían cuestiones políticas alrededor de unas jarras de cerveza antes de pasar sus recomendaciones hasta los niveles de condado, estatal y convenciones nacionales, los políticos astutos de los dos grandes partidos prestaban gran atención, ya que los cambios en el viento político podían ser detectados allí antes que en cualquier otra parte. Los políticos sagaces en los grandes partidos también prestaron mucha atención a cualquier cosa que hicieran los pequeños partidos y que fueran más atractivos de lo normal para los votantes, así es como se legalizaron los sindicatos, por ejemplo. Eso significaba que en general los problemas graves recibían atención por parte del sistema político: no siempre de forma rápida, y no siempre el tipo de atención que ayudase a resolver las cuestiones, pero a menudo evitaba la navegación a ciegas en los desastres que todo el mundo (excepto la clase política) podía ver con suficiente antelación.

El sistema político actual no tiene esa ventaja. En estos días la política estadounidense es un circuito cerrado donde los grupos de presión consiguen que la clase política no tenga por qué escuchar a nadie fuera del estrecho mundo de los agentes del poder (lobbistas), los donantes corporativos y los intelectuales domesticados. Es un medio de cultivo perfecto para el dogma, para el pensamiento uniforme del grupo, que es capaz de filtrar (y acallar) muy eficientemente las voces divergentes y los puntos de vista alternativos que toda nación necesita para sobrevivir en un mundo incierto y problemático.

La tercera consecuencia es que nunca ha llegado a producirse la centralización total del poder en los EE.UU., hasta el último nivel de la estructura. Muchos países europeos, en el proceso de centralización del poder, modificaron sus estructuras administrativas, cambiaron sus antiguas provincias o regiones sustituyendo la geografía tradicional del poder con una nueva estructura para romper deliberadamente vínculos y lealtades locales. Los Estados Unidos nunca logró disolver los estados en, digamos, unos cientos de distritos administrativos. Los Estados siguen siendo gobiernos regionales plenamente funcionales, aferrándose celosamente a lo que queda de sus antiguas prerrogativas y poseen algunos poderes, raramente ejercidos, que podrían llegar a ser decisivos en un momento de crisis. Hablaremos más sobre esos poderes en la próxima semana.